

NOTAS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA SOLEDAD

FILOSOFÍA DE LA VIDA MONÁSTICA¹

1. LA TIRANÍA DE LA DIVERSIÓN

Habrá que explicar, puntualmente, por qué conviene precisamente hoy ocuparse con el tema de la soledad. Si se pudiera hablar así, lo que se pretende es, ante todo, un *elogio y una defensa de la soledad*.

La soledad no se predica, no tiene ningún sentido exhortar a la gente a hacerse solitaria. Los que han de hacerse solitarios son, en general, ya solitarios. A lo sumo, no se han dado cuenta de su estado. En tal caso, lo único que necesitan es descubrirlo. Pero, en realidad todos los hombres son solitarios. Sólo que la mayoría de nosotros somos tan contrarios a estar solos o a sentirnos solos, que hacemos todo lo posible para olvidar nuestra soledad, a tal fin empleamos lo que Pascal llamó *divertissement*, es decir diversión, distracción como programa y sistema de vida. Se trata, en suma, del propósito de evitar la propia compañía durante veinticuatro horas por día.

¹El autor, oblato benedictino, es profesor de la Facultad de Filosofía, de la Universidad de Cuyo.

1. THOMAS MERTON, *Cuestiones discutidas*, Barcelona, Bs.As., Edhasa, 1962 pp.165-191.

El Autor considera que el segundo título es posible a condición de recordar que el *monje* es, etimológicamente, *monachos*, es decir un solitario. Reconoce que hoy el término *monje* o *monástico* sugiere más la *institución* que el *hombre* y, por lo mismo, habla ante todo del *espíritu solitario* que es esencial, realmente, al concepto monástico de la vida, el cual no está confinado a los monasterios. El solitario del que habla, pues, no es exclusivamente un monje en sentido jurídico, puede muy bien ser un *seglar*.

Distingamos la soledad genuina, de nuestra simple ilusión individualista. El hombre no puede vivir sin la sociedad, no sólo por los cuidados múltiples que ella le brinda a lo largo de toda su vida sino porque, además, la sociedad le proporciona la ocasión de trascenderse en los diversos servicios que cada uno puede y debe prestar a los demás y, de este modo, sirviendo, la sociedad le proporciona la ocasión de convertirse en persona.

Ahora bien, nadie se convierte en persona en la pura diversión, en el sentido de *divertissement*. En efecto la función de la diversión es anestésica, a fin de que nos sumamos en un cálido y apático torpor. Esta es la función anestésica de los "panes y los circos". Estos "panes y estos circos" no necesariamente son grotescos, pueden llegar a asumir una seriedad trágica, como es el caso en un movimiento de masas. Nuestro absurdo se mezcla a veces de un aire hipócrita, serio, obstinado, decidido, como cuando nos dedicamos a obtener dinero a cualquier precio o a justificarnos a nosotros mismos pasando por la aniquilación del otro.

2. LA SOLEDAD: UN PROBLEMA Y UNA TENTACIÓN

La reflexión que se emprende no intenta resolver el problema de la soledad, ni tampoco exorcizar la tentación de la soledad. Esta reflexión la lleva a cabo un hombre que declara poseer alguna experiencia de la soledad, al menos, de la soledad interior.

Lo primero que aparece es un consuelo. Si alguno de nosotros no puede descansar realmente en los fervidos consuelos que le ha prodigado hasta ahora la sociedad de la diversión, no siga insistiendo en su búsqueda. Quizá todo su malestar consiste en que no necesita, de ninguna manera, la diversión que se ha programado sistemáticamente para él. Más aún, es preciso que se aparte cuanto antes de esta ingeniería del alma que traducen los avatares de la más exquisita publicidad. La influencia que provoca en nuestras vidas es tan innecesaria cuan irritante. La meditación sobre ella no la hará, sin embargo, inevitable.

Tampoco es posible esperar una falsa seguridad frente a las sordidas dificultades e incertidumbres de la vida de soledad interior. Quizá en el curso de la reflexión se mencionen algunas. Por ejemplo, la primera de ellas debe ser mencionada desde el prin-

cipio: la tarea desconcertante de hacer frente al propio absurdo y aceptarlo. La angustia de comprender que bajo la norma aparentemente lógica de una vida racional y "bien organizada", hay un abismo de irracionalidad, confusión, insensatez y, en realidad, de aparente caos.

El hombre que renuncia a la diversión renuncia al placer —aparentemente inofensivo— de construir una ilusión hermética y completa acerca de sí mismo y de su pequeño mundo. Acepta la dificultad de tener que hacer frente a un millón de cosas que en la vida son incomprensibles, y renuncia a seguir ignorándolas.

Más profundamente aún, el hombre que renuncia a la diversión en el sentido explicado, renuncia a que su fe se convierta en un *divertissement* peculiar: la "distracción espiritual", mediante este expediente uno reúne fórmulas aceptadas y convencionales, las dispone según las normas mentales aprobadas, sin preocuparse en absoluto de indagar a partir de la propia experiencia personal qué significan en la propia vida.

3. LA SOLEDAD ES RESPONSABILIDAD

Una de las primeras condiciones esenciales de la soledad interior de la que se habla es, precisamente, la fe, donde el hombre toma la responsabilidad de su vida interior. El hombre se enfrenta a sí mismo en todo su misterio en presencia del Dios invisible. Entonces toma sobre sí mismo la tarea solitaria, apenas comprensible, incomunicable en último término, de abrirse camino a través de la oscuridad de su misterio, hasta que un día descubre que ese misterio y el misterio de Dios se confunden en una realidad que es la única realidad: Dios vive en él y él vive en Dios, de un modo absolutamente misterioso y, sin embargo, completamente experimentable.

Las palabras de Cristo que unen en un "Cuerpo" a los que creen y esperan en Él y lo aman, tienen el poder de significar nuestra soledad y unidad con Cristo en Cristo, en suma: indicar un camino en nuestra oscuridad. Pero, el misterio de estas palabras hace que pierdan la forma de palabras y no se conviertan por eso en pensamientos o cosas; estas palabras manifiestan —misteriosa-

mente— el indecible latido del Corazón de Jesucristo dentro del corazón de la propia vida y de su oscuridad misteriosa.

4. LA SOLEDAD ES NUESTRA CONDICIÓN

Todo hombre es un solitario encerrado en los límites (clausura) inexorables de su propia soledad. Para comprender esto consultemos ciertos indicadores: la muerte, por ejemplo. Cada uno morirá solo. Hay un misterio de la soledad de cada muerte, correspondiente al misterio de la soledad de cada vida. La vida, por otra parte, indica continuamente que para lo esencial cada hombre vive a solas. Habrá que recordar que la Iglesia es, al mismo tiempo, comunidad y soledad. El cristiano moribundo está unido a toda la Iglesia (la cual ora por él), pero ese cristiano experimenta la soledad de la agonía de Cristo en Getsemaní.

El dolor, por otra parte, nos introduce también en la soledad. El cristiano que sufre está unido a toda la Iglesia, pero ese cristiano conoce experimentalmente aquella tristeza y aquella angustia que son propias del sufrimiento y que pertenecen al misterio de su horror, cualquiera sea la posibilidad de transfiguración que pueda concedernos la gracia. ¿Y el dolor de los dolores no es acaso el dolor de estar sólo?

Cualquier decisión importante o extremadamente grave que tomamos en nuestra vida nos introduce en una calidad de soledad profunda e inevitable que nada ni nadie puede mitigar, en la medida en que, precisamente, es necesaria.

Cuando un hombre es llamado a ser un solitario —aun cuando se trate solamente de la soledad interior— no necesita ser nada más, ni se le puede pedir otra cosa, excepto que permanezca física y espiritualmente sólo, luchando su batalla, una batalla que pocos pueden comprender. Su función en la Iglesia es "permanecer en la celda de su corazón", es decir en su soledad en términos de un incomprendible vacío y silencio. Y si es fiel, entonces, como enseñan los Padres del desierto: "su celda le enseñará todas las cosas".

5. LA SOLEDAD NO ES UNA HUÍDA

El verdadero solitario no es, simplemente, el que se retiró de la sociedad. La regresión simple conduce a una soledad enfermiza, sin significado y sin fruto. El verdadero solitario no abandona la sociedad, simplemente la trasciende y es preciso que la trascienda en humildad y amor. El verdadero solitario es el que tiene el valor de renunciar al mito de la unión aparente en la diversión y busca, con ardor y humildad, la unión en el nivel más alto de la comunidad a través de la soledad: la unión a través del Cuerpo místico de Cristo.

El verdadero solitario renuncia a la unión inmediata con el prójimo para descubrir la unidad con el prójimo en la comunión de los Santos y, así, descubre diariamente que todos los hombres (cada uno) son hechos "un hombre" en el misterio de la Iglesia de Cristo Jesús, más allá de todas las divisiones y grupos posibles. El verdadero solitario es quien posee una misteriosa vocación a la unidad sobrenatural. Una unidad más allá de la separación, del conflicto, del cisma.

La verdadera soledad nos dará una conciencia delicada, profunda, entrañas de compasión por todos los hombres incluidos nosotros mismos. Y, de este modo, esta compasión abarcará a todos y cada uno de los que, insertos en una sociedad particular o grupo que consideramos ideal, juzgamos a los demás.

6. LA SOLEDAD ES LA DIMENSIÓN DE UNA FIDELIDAD A LA VERDAD

El solitario habrá de tomar la decisión costosa y aun, a veces, terrible, de contradecir con su existencia más que con sus palabras el gran programa, la gran organización de nuestra "diversión". El solitario está llamado a luchar continuamente con el ídolo, es decir con todos los ídolos; por ese hecho está destinado a la execración de los poderes de este mundo, que conjugan la fuerza más brutal y despiadada con las artes de seducción más perversas. El solitario verdadero es aquel hombre que ha renunciado a la bendición de la ilusión, de toda ilusión que pretenda absolverlo de su responsabilidad cuando sea infiel a su ser y hacer, a su más íntima verdad. Lo que es preciso llamar "el mundo", esto es: los poderes

espirituales que constituyen la tiniebla horrible del mundo, tienen un único propósito simple y terrible: que el hombre se mienta a sí mismo en su ser, que "sea otro" que el que real y verdaderamente es. "Y seréis como dioses"... Los demonios de este mundo le proponen al hombre la tarea de existir en términos de ídolo, es decir de una imagen falsa. Se trata de destruir la imagen y la semejanza de Dios en el hombre en favor de la libertad del hombre. Pero el hombre está llamado a existir como icono de Dios en Cristo.

Aquí la fidelidad quiere decir la mayor humildad, la abnegación, el vacío interior del corazón que ha renunciado a toda autoafirmación, ya que si no está vacío de sí mismo y re-unificado en Cristo, el solitario no pasará nunca de ser un individualista. Entonces, si esto fuera así, su soledad no pasaría de ser disconformidad, rebelión. Y entonces, de una manera terrible, habríamos servido al ídolo de la soledad. Pero este ídolo conduce a la locura y a la ruina total ya que habríamos sustituido la soledad según Dios, por la de nuestro egoísmo y nuestra rebelión inacabable.

La fidelidad que exige la soledad es la forma más profunda y difícil de la vigilia, aquella que nos lleva a buscar y encontrar un mundo verdaderamente común: el mundo de los que velan, contrapuesto al mundo propio de los que duermen y, quizá, sueñan.

7. LA SOLEDAD: EL REINO DEL SER Y DE LA REALIDAD

El solitario vive en un mundo de realidades, no de ficciones particulares y de ilusiones autoconstruidas. Vive en un mundo de vacío, de humildad y de pureza, más allá del alcance de las consignas y de la gravitación de las diversiones que enajenan al hombre de Dios y de sí mismo. Vive en unidad.

Es preciso repetir que la soledad del solitario no es un sermón, no es un argumento, no es una acusación, no es ni siquiera un reproche. Es. Por tanto, no sólo no atrae la atención de la mayoría ni, obviamente, su deseo, sino que en la mayor parte de los casos pasa completamente ignorada por los hombres e invisible para ellos. Este hecho, sin embargo, no la hace menos eficaz para su salvación.

La soledad genuina jamás ha sido, ni puede ser, exaltación de la conciencia de sí mismo, intensificación del placer de sí mismo

sobre sí mismo. Los que han partido a la soledad para buscarse a sí mismos, lo que procuran son los placeres ruidosos y la autocomplacencia del niño en la cuna. Estos no aman el desierto; sino el útero. Sin el trasfondo de la sociedad que dicen haber abandonado —y que sin embargo tienen continuamente presente—, sus ficciones individualistas no tendrían sobre qué afirmarse y existir.

8. LA SOLEDAD ES, SIN DUDA, UN GRAN PELIGRO

Todo el que sabe lo que es la soledad, sabe que la soledad es peligrosa. La esencia de la vocación a la soledad es la conciencia y la angustia de un riesgo casi infinito. Sólo el falso solitario no ve el peligro de la soledad. Y esto es así porque su soledad es imaginaria, es decir está construida en torno a una imagen.

El falso solitario es el que es capaz de imaginarse sin compañeros, aunque en realidad permanece tan dependiente como antes de la sociedad, si no más aún. Este falso solitario necesita a la sociedad como el ventrílocuo su muñeco. Proyecta su voz al grupo social, y éste le devuelve su voz admirando, reprobando y, en todo caso, dando testimonio de su separación. Y aun cuando la sociedad parezca condenarlo —al falso solitario— esto lo divierte, lo confirma en su diversión.

Pero la verdadera soledad no es separación, sino unidad o, al menos, intento de alcanzar la unidad. El verdadero solitario no renuncia a nada que verdaderamente sea básico y humano en relación con los demás hombres. Está profundamente unido a "todos" los hombres, tanto más cuanto que ha renunciado a las preocupaciones marginales que tanto nos agobian. Ha renunciado a las fantasías superficiales y a los simbolismos vulgares que pretenden hacer a la relación humana más profunda, genuina y fecunda. Ha renunciado al laxismo del autoabandono en los ídolos de la sociedad y a los mecanismos de la diversión general. Ha renunciado a las vanas y aun hipócritas pretensiones de solidaridad que, precisamente, niegan la solidaridad real, ocultando un espíritu de irresponsabilidad y de egoísmo feroz.

El falso solitario es el hombre de las substituciones. En efecto, substituye las falsas consignas de la sociedad en la que vive; por otras consignas igualmente falsas, pero que tienen la ventaja de

haber sido fabricadas por él. De este modo el falso solitario no vive en ninguna clausura, sino que solamente está preso en una ilusión y separado del contacto viviente y real con los otros hombres. Este hombre jamás estará solo, vivirá acompañado trágicamente del mito que él mismo ha fabricado.

La mayor parte de nosotros no podemos vivir sin una buena dosis de ficción en nuestro pensamiento, sin una mitología eficaz en torno a la cual organizamos nuestras actividades. Si esto falta, se regresa a una serie de ilusiones menos eficaces y más primitivas aún, más caóticas.

Los antiguos decían que el solitario solía ser un dios o una bestia, cuando decían esto querían decir que lograría una rara independencia espiritual o intelectual o se sumiría en la dependencia más brutal y completa. El solitario se hunde fácilmente en la caverna más oscura poblada de los fantasmas más horribles y absurdos que la serie de imágenes más inane de las convenciones sociales. El sufrimiento con el que deberá enfrentarse no es ni sano ni noble. Es una catástrofe.

El que está llamado a la soledad está llamado a ese dolor. No a sentirse diferente, retirado, elevado. El que está llamado a la soledad está llamado al vacío, a la ausencia de contraste y de comparación con los demás; por el contrario, el genuino solitario comprende que ha entrado en una soledad que es realmente compartida por los demás "todos". No se trata —como podría pensarse a primera vista— de que él sea solitario y "todos los demás" sean "sociales", sino que "todos son solitarios", con una soledad oculta debajo de múltiples engaños con los que pretenden disimular y abolir su "retiro" real. Aquello a lo que el solitario renuncia no es a la unión con todos los hombres, sino sólo a su apariencia hipócrita, a su fachada. Y esta renuncia cobra su más profundo sentido, porque es el único medio disponible para él que le permite intentar alcanzar una unidad más alta y más cierta con todos los hombres. En suma, el solitario es el hombre obsesionado por la búsqueda de una solidaridad sobrenatural.

El solitario descubre que los vínculos reales y terribles que lo unen a todos los hombres son su experiencia del peligro y de la angustia que atraviesa la sociedad "c o m ú n" de los hombres todos. El solitario genuino participa no en la soledad del individuo y de sus ficciones de aislamiento, sino en la soledad "radical" del

hombre que fue asumido por Jesucristo, y que en Cristo se identifica con la soledad de Dios.

El solitario es el hombre que ha discernido esta soledad ontológica del hombre y la ha abrazado apasionadamente, en un gesto de inmensa compasión por todos los hombres —incluido él mismo— y sostenido siempre por la gracia de Cristo.

El vacío del solitario está marcado por una enorme sencillez. En esa sencillez viven una profunda dulzura, una enorme simpatía por todos los hombres sin acepción alguna; en esa sencillez vive un peculiar candor y una inmensa pureza en el amor.

Suele ocurrir que cuando un hombre intenta conocerse y lo consigue medianamente —cosa difícil pero posible— descubre que es alguien que no busca la soledad sino que ha sido encontrado por ella. Su problema no consiste entonces en buscar lo que ya tiene, sino en saber qué hacer con su encuentro (la soledad).

Aquél que se dispone a buscar su soledad interior debe saber que lo que quizá comience a experimentar no es un lujo espiritual sino, más bien la responsabilidad difícil y humillante de ser maduro espiritualmente; es decir, de ser un hombre.

Es cierto que en la soledad hay un peligro inmenso, pero aquel que ha sido llamado a descubrir la soledad interior no necesita que alguien lo "ayude" invitándolo a profanar su soledad con alguna diversión o algún consuelo; es cierto que hay un abismo, y que ese abismo es un peligro mayor, sólo que ese abismo es el del propio solitario. Su llamado a la soledad es el llamado a cruzar ese abismo que es él, sin peligro, porque en el abismo de su soledad el solitario está llamado a descubrir otro abismo —benéfico esta vez— el abismo de la soledad de Dios. Esto es lo que nos permite comprender la importancia, más aún, la urgencia que debe impulsar al hombre a descubrir su propia soledad y vivir dentro de ella, pues allí encontrará que Dios y él son uno, que Dios quiere estar a solas con él. Cuando se comprende esto, el deber es ser fiel a la soledad para poder ser fiel a Dios.

La fidelidad es todo. De la fidelidad se puede y se debe esperar la verdad, la fuerza, la sabiduría, la luz. El solitario debe aprender, entonces, a ser fiel al vacío y al anonimato interiores.

La soledad espiritual sólo puede comprenderse desde las perspectivas de la misericordia de Dios para con el hombre en la

Encarnación de Cristo Jesús. La soledad del ermitaño es la soledad paradójica del "profunda y sobrenaturalmente unido a Dios y a los hombres", en el silencio, en el ocultamiento, en la ignorancia y el común desprecio de los hombres. El ermitaño nos pone en guardia frente a nuestra obsesión por las formas sociales y aún comunales de la vida cristiana. Tiene que haber hombres que no son del mundo ni pertenecen a él.

El solitario da testimonio del "bien" que nos aguarda en el desierto bajo las condiciones de Dios; su existencia mucho más que sus gestos, sus palabras o sus pensamientos "demuestran" la unidad que procede gozosa y sobrenatural a partir del Espíritu Santo y que, precisamente, une al solitario mismo haciendo de él un hombre "re-unido" por la gracia; que une al solitario con todos los hombres en una "re-uniión" sobrenatural y viviente.

La soledad y su contexto, el desierto, manifiestan la virtud "par excellence" del solitario: "la discreción". Esta discreción se consolida en una vocación que "ama" el silencio, la pobreza y el vacío para buscar a Dios.

El fin de la soledad es la contemplación, y la contemplación es la conciencia misteriosamente profunda de la misericordia de Dios que transforma, eleva el vacío de la soledad y lo lleva al perfecto amor.

El solitario no ha desesperado del hombre al marchar a su desierto exterior o interior; por el contrario, espera en el hombre y ama al hombre con pureza de intención; por eso mismo rechaza santamente sus mitos de unión y su experiencia de falsa comunidad. Nuestra complicidad en la mentira social, en la mentira política, en las múltiples formas de la demagogia está hecha de desprecio y desesperación por el hombre.

Cuando el mundo no cesa de convertirse en una ficción inmensa e idiota, cuando el virus de la mendacidad parece invadirlo todo sin reserva aparente alguna, sería anormal e inhumano que no hubiera reacción. Pero recordemos con toda insistencia que esta reacción no deberá ser nunca rebeldía. La soledad rechaza a los rebeldes. La santa protesta frente al mundo debe pasar, ante todo, por el propio corazón y la propia vida, por el desierto poblado de miseria y monstruosidad que somos cada uno y que nos pertenece sin excusas. La soledad y el desierto son para los que han aprendido profundamente, ciertamente, completamente, que no

hay nada que esperar de ellos mismos, que realmente valga la pena, que toda su realidad es negación y que, en consecuencia, hay que esperar todo de la misericordia de Dios. El solitario se descubre a sí mismo como el más pobre entre los hombres pobres. Desde esa pobreza asumida, el solitario debe pedir y conquistar de Dios una piedad universal por todas las cosas y todos los hombres, un ánimo exento —porque purgado— de todo resentimiento, de toda amargura, mientras “espera” alcanzar en el yermo exterior o interior la “curación” de sus heridas.

Algunos hallan el camino de la soledad por vía de la pureza y la inocencia de sus vidas. A esos la Iglesia los acoge y los consagra con dilección como a hijos muy queridos. Pero hay otros, *solitarios paradójales*, hombres y mujeres para quienes no hay un lugar real, hombres y mujeres que no han elegido la soledad sino que han sido elegidos por ella. Estos últimos no han llegado a la soledad por el camino de la pureza y de la inocencia y la sencillez.

Ser elegido por la soledad cuálquiera sea el camino, significa que todavía falta que cada uno acepte (o no) la soledad. La puerta de la soledad se abre por dentro.

Aceptar la soledad, la invitación a la soledad, es decir a la experiencia dolorosa del vacío, la pobreza extrema, el abandono, pero también la contemplación que procede de la misericordia de Dios, no es algo que nos “aparte”, que nos haga “diferentes”, “elevados”, o peor aún “cultivadores de alguna especie de lujo espiritual dentro de la Iglesia”, sino ante todo humildad, apasionados buscadores de una unidad sobrenatural en sí misma y con los demás hombres todos que, por designio misterioso, sólo se alcanza y se conoce si se está dispuesto a “desconocerla”.

Una verdad exquisita del desierto que entrega la soledad, es que el desierto es de todos y es de nadie, lo cual significa que nadie podrá jamás apropiárselo, poseerlo como una cosa entre las cosas. Otra verdad consiste en descubrir que se “cae” en el desierto; como se “cae” una fruta madura, a su tiempo.

9. LA SOLEDAD: UNA DICHOSA POBREZA

La vida de un genuino solitario es débil y precaria, tiene más cuidados, está más inseguro, tiene que luchar para preservarse de toda clase de pequeñas molestias y no siempre lo consigue. Su pobreza es espiritual e invade su cuerpo y su alma. Y todo su haber, en definitiva, es la inseguridad. En su vocación hay algo de "santa locura": se alegra en el dolor, se goza en su indigencia material, espiritual e intelectual.

Sin embargo, sería hipócrita pensar o exigir del solitario más de lo que realmente puede dar. Hay un límite —que se encuentra siempre— más allá del cual la debilidad humana no puede ir, y la mitigación es una forma de pobreza sutil y superior. El solitario adquiere una úlcera de estómago como cualquier hombre, y deberá tomar leche y aun medicamentos. Esto termina con la pretensión de convertirse en una leyenda viviente. También tiene preocupaciones y se preocupa más que otros, porque los cuidados de la vida cotidiana son para él de una significación vital y total: o resuelve satisfactoriamente su "realidad" o perece.

Distingamos entre el ideal eremítico de la vida y Robinson Crusoe.

Crusoe encarna el mito de aquel hombre para quien su casa es un castillo; este ciudadano era un varón prudente y lleno de recursos, a tal punto que podía enfrentarse con cualquier competidor, aun cuando éste fuera la vida misma. Crusoe a partir de sus recursos y su ingenio tiene una respuesta para cada necesidad. El solitario carece de respuestas.

En la soledad del solitario todo es pobreza. Incluida su oración. Esta se parece al pan y al agua. Necesaria, elemental y despojada hasta límites difíciles de imaginar. Muchas veces su oración será la terrible incapacidad para orar, ver, esperar. Y su lucha no tendrá nada que ver con la blanda pasividad que imaginan algunos, sino que será más bien la lucha amarga por avanzar en una cegadora tormenta de arena.

El solitario puede estrellarse contra un muro de dudas. No dudas intelectuales, teológicas o de cualquier otro tipo. Dudas acerca de las razones mismas de su existencia y de lo que está haciendo. Estas dudas lo reducen al silencio que ya no pregunta. En ese si-

lencio purificado recibe su única certidumbre: la presencia de Dios en medio de la incertidumbre y del vacío. Esta será su única realidad, que sin embargo seguirá siendo para él "in-disponible".

El solitario no explica, no enseña, no predica. Es.

Es feliz pero jamás lo pasa bien; sabe donde va, pero jamás está seguro; jamás ve el camino de antemano, sólo lo conoce andando por él y cuando llega, llega. Su llegada es, ordinariamente, un desvío despreciable para el resto de los hombres.

Esta dichosa pobreza de la soledad consiste en que el solitario ha dejado de mirarse a sí mismo como alguien en contraste con los que no son solitarios y, entonces, en contradicción. El solitario no amonesta, no critica, no juzga; simplemente es. Y es de tal modo, que no podría dejar de ser lo que es sin caer en la locura. Su ser expresa la indeclinable voluntad de Dios sobre su existencia y sus actos. Pero qué riesgo terrible encierra su fidelidad a dicha voluntad de Dios. Cuánto más apacible, sencillo y directo es recibir la voluntad de Dios a través de la sociedad, de los superiores en una comunidad, en general a través de las autoridades.

A este ser solitario, como a todo ser y, subrayémoslo, se nace en la Iglesia en medio de innumerables cautelas y precauciones, todas aquellas que acompañan a todo nacimiento. No se nace por propia voluntad; se nace por la gracia de un don y la cooperación de una multitud de cuidados, entre los que cuentan de una manera principal la generosidad de aquellos que no terminan de entender y a quienes les cuesta aceptar tal don y tal nacimiento, pero "adoran"...

El mundo y los hombres hallarán siempre más fácil hacerse un ídolo, un Baal de algún tipo para acoplarse y prostituirse en la esperanza más perversa de su voluntad de poder: aquella que ha penetrado la entraña de la piedad y pretende manipular lo sagrado, configurando un dios a la medida de sus deseos, sus caprichos, su locura. El solitario, como Dios, aparecerá en su inaceptabilidad como lo que no encaja en la perfecta "planificación" de nuestra existencia idolátrica. Y piénsese que la idolatría es, ante todo, el pecado del hombre religioso a quien le fue revelada la verdad y la gloria. El solitario está ahí para decirnos que si fuéramos capaces de aceptar y asumir nuestra soledad interior, inmediatamente, descubriríamos a Dios y nos descubriríamos como personas delante de Él.

Sin soledad de alguna clase no puede haber madurez.

A menos que aceptemos, lealmente, quedarnos solos y vacíos no podremos darnos nunca en amor. Jamás poseeremos nuestro yo profundo y toda nuestra vida se consumirá en nuestro yo más superficial. Ese que es "objeto" de toda nuestra cosmética, de todas nuestras manipulaciones; un yo para alcanzar o adquirir. Mi yo profundo no es "mío", como puede ser "mía" una cosa en propiedad. Ese yo no es un "objeto", no es un "qué", es infinitamente más; es un "quién": soy yo persona.

El yo superficial está siempre disponible, puede ser cultivado, halagado, satisfecho, poseído, desarrollado y perfeccionado, es el centro de toda nuestra actividad de lucro material y espiritual.

El yo profundo de la soledad y del espíritu puede, solamente, "ser y actuar" de acuerdo con las leyes del Espíritu Santo, no con las maquinaciones humanas. Este yo de la soledad es el único que encuentra y reverencia la soledad de los demás hombres, porque en ella ha aprendido —después de mucho tiempo y muchos fracasos— a adorar la soledad de Dios.

Esé yo de la soledad es el que encuentra a Cristo, que vive en nosotros, para que nosotros podamos vivir en el Padre, con Él.

José Federico Moreno 1872 3ºB
5500, Mendoza